

Ciencia ficción, la penúltima ideología

Ignorada o menospreciada durante décadas, la ciencia ficción fue una literatura popular que quiso reflejar el impacto de la ciencia y la tecnología sobre nuestras vidas. Su máxima difusión coincide, paradójicamente, con la quiebra de la idea del progreso y con su propia crisis de creatividad. Pero los medios de comunicación se han apropiado de ella, diseminando sus temas y símbolos, al punto que hoy la ciencia ficción informa nuevas creencias y parece cumplir el papel de una ideología.

Pablo Capanna *

La democracia no sólo introduce la afición a las letras en las clases industriales, sino asimismo el espíritu industrial en el seno de la literatura.

Alexis de Tocqueville, *La democracia en América*, p. II, cap. XIV

EN 1957, cuando el primer Sputnik se hacía oír desde el espacio, Hannah Arendt se hallaba revisando las

* Escritor y profesor universitario de filosofía, Buenos Aires.

pruebas de su libro *La condición humana*. Como muchos otros, creyó estar presenciando el comienzo de una nueva era y no dejó de observar que ese hecho que ahora invadía la primera plana de los diarios se había gestado en el seno de una literatura muy poco respetable: la ciencia-ficción, «a la cual, desafortunadamente, nadie ha prestado toda la atención que merece como vehículo de sentimientos y deseos de las masas» (1).

El Sputnik puso en marcha esa carrera espacial con la cual Kennedy y Jruschov intentaron evitar el suicidio nuclear, derivando la competencia bélica hacia objetivos «de prestigio».

Esa carrera culminaría doce años más tarde, el día en que todos los televisores mostraron las pisadas de Armstrong en la Luna. Se dice que entonces John W. Campbell, el editor que más había hecho por la ciencia ficción, reunió a sus colaboradores y les dijo con orgullo: «*nosotros lo hicimos...*». Y recordando a una multitud de olvidados escribas, añadió: «... ¡a un centavo por palabra!».

Transcurrieron otros veinte años, y cayó el Muro. Gorbachov se había visto obligado a jugar la carta de la perestroika, constreñido por la imposibilidad técnica y económica de aceptar un nuevo desafío, la famosa Iniciativa de Defensa Estratégica de Reagan. Aquella inmensa red, especie de Muralla China electrónica que debía envolver el planeta, fue bautizada con el nombre de *Star Wars*, la «Guerra de las Galaxias». Reagan, el hombre de Hollywood, desafiaba al «imperio del Mal», con armas que evocaban una exitosa película de ciencia ficción.

El resto de la historia es conocido: Rusia se vio obligada a ceder, dejando a los Estados Unidos en ese incómodo rol protagónico que inspiraría las apresuradas conclusiones de Fukuyama. La modernidad se extinguía cuando la realidad económica comenzaba a ponerle límites a los delirios de una imaginación modelada por la ficción científica.

La crítica universitaria, que tardíamente ha comenzado a ocuparse de la ciencia ficción, prudentemente acotada en los cánones de la literatura «genérica» (2), tiende a desestimar cualquier influencia que ella pudiera haber ejercido en procesos como la «carrera espacial». Los campos académicos están demarcados de tal manera que es preciso explicar la literatura por la literatura, mostrar cómo las ideas se engendran unas a otras y

(1) Hannah Arendt: *The Human Condition*, Doubleday-Anchor Books, Garden City (N.Y.) 1958, Prólogo.

(2) En 1967, cuando escribí *El sentido de la ciencia ficción* (primer texto en español sobre el tema), la bibliografía abarcaba dos o tres títulos. Hoy (como suele ocurrir) resulta inabarcable.

deducir las ideologías de la personalidad de sus portadores. En este sistema de compartimientos estancos suele omitirse, de hecho, la presencia homogeneizadora de la comunicación social; aun a pesar de todos los discursos semiológicos.

Intentaremos mostrar, en cambio, que la ciencia ficción, que inició su carrera en la narrativa para acabar conquistando el mundo de la imagen, ha sido un factor ineludible en la constitución de nuestro imaginario; quizás el último soporte de la ideología del progreso indefinido.

Los ensueños de la razón

EL mundo en que vivimos no sería tal como es de no haber existido la ciencia ficción; en buena medida es la realización de sus fantasías. «Vivimos en un ambiente de ciencia ficción» (3); nuestros niños juegan con naves espaciales y consumen dibujos animados futuristas; nuestra vida depende de los ordenadores, viajamos en autos fabricados por robots, y los efectos especiales son nuestros milagros.

Nacida junto con la fe en el progreso tecnológico, del cual pronto aprendió a desconfiar, la «CF» ha conformado nuestro lenguaje tanto como nuestro hábitat. Muchas de las palabras que usamos han sido acuñadas por los escritores de ciencia ficción: *televisión* (Hugo Gernsback) *astronáutica* (J. H. Rosny) *robot* (Karel Capek), *robótica* (Isaac Asimov)...

Treinta años antes de Hiroshima, la energía atómica ya estaba en los relatos de Wells, Bogdanov o Capek. Una novela de ciencia ficción (*Nervios* de Lester del Rey) contaba algo muy parecido a Chernobyl en 1942; en 1944, el FBI allanó la redacción de la revista *Astounding*, tras la publicación de un cuento que parecía describir el proyecto Manhattan.

Quien compare las imágenes de Armstrong pisando la Luna en 1969 con las del filme *Destination Moon* de George Pal (1950) no encontrará muchas diferencias; pero en 1950 el tema ya se consideraba agotado para las revistas del género. El satélite artificial fue ideado por Arthur Clarke y John Peirce, dos escritores de ciencia ficción. La radioastronomía (E. E. Smith), el radar y el corazón artificial (Gernsback), la ingeniería genética (Williamson) las resinas epoxi, los plásticos y los semiconductores apare-

(3) Brian W. Aldiss: *Trillion Year Spec*, Avon Books, New York, 1986, pág. 407.

Gilo Dorfles (*Nuevos ritos, nuevos mitos*, Barcelona, Lumen 1969), hace llegar la influencia de la ciencia ficción hasta la arquitectura.

cieron en las páginas de las revistas populares de CF mucho antes que en las científicas. La robótica, una ciencia imaginada por Isaac Asimov, se estudia hoy en las carreras de ingeniería.

En tiempos de la guerra fría, tanto el Pentágono como los soviéticos crearon oficinas destinadas a evaluar el material de las revistas de CF, en busca de ideas útiles. La futurología, esa suerte de pseudociencia que gozó de enorme prestigio en las décadas del 60 y 70, derivó de estas inquietudes estratégicas, y fue la versión intelectual de la ciencia ficción.

El paso del tiempo acorta las distancias y parece relativizar las «anticipaciones». Pero la cuestión es otra: ¿habrá que considerara aquellos escritores como «visionarios» capaces de anticipar el futuro, o se tratará más bien de «sembradores de ideas»?

En las obras de CF se hallaban, junto a las *anticipaciones* científico-técnicas, algunas notables *profecías* de cambios sociales y políticos. Jack London había previsto el fascismo (*El talón de hierro*, 1907) y M. P. Shiel escribió en 1896 una inquietante novela que anticipaba el nazismo y tenía por título *Las SS...*

Cabe recordar que buena parte de la CF fue concebida como *advertencia*, según la fórmula de los hermanos Strugatsky: no intentaba tanto prefigurar el mañana como prevenir futuros indeseables. En este sentido, no es aventurado pensar que al hacer hincapié en las terribles consecuencias de una guerra nuclear contribuyó a crear una conciencia del peligro y frenó la mano de aquellos que debían oprimir el botón rojo. Las grandes «distopías» escritas durante la Depresión y la Guerra Mundial (*Nosotros* de Zamyatin, *Un mundo feliz* de Huxley o *1984* de Orwell) fueron valiosos alegatos contra el totalitarismo y la manipulación.

Gracias a Dios, no hubo guerra nuclear, ni tampoco un Gran Hermano que nos vigilara, aunque hoy tengamos muchos pequeños primos que nos espían. El mundo de este fin de siglo, este mundo que configuraron las fantasías de la ciencia ficción, se parece bastante a esa *favela* electrónica, mezcla de tecnología, miseria y sordidez que intuyera el menos «científico» de los escritores de CF., Philip K. Dick (4).

Con el colapso de la modernidad, la ciencia ficción ha sobrevivido, pero al precio de renunciar a la conciencia crítica que alguna vez tuvo para convertirse en *ersatz* de progreso, expresión del desencanto y vehicu-

(4) Cfr. mi libro *Idios Kosmos. Claves para Philip K. Dick*. Axxón, Buenos Aires, 1992 (edición electrónica).

lo de deseos ocultos. En cuanto comenzaron a hacerse realidad sus fantasías tecnológicas, se echaron a rodar sus expectativas mesiánicas y sus caprichosas especulaciones. Muchos de los mitos que seducen al hombre de hoy provienen de un imaginario de ciencia ficción que ha comenzado a invadir la realidad, tras emanciparse de la modesta literatura que le dio origen. La consumación de la ciencia ficción como industria ha venido a adjudicarle el papel de una ideología.

Las calamidades del éxito

SI bien la genealogía del género se remonta hasta Kepler, los utopistas del Renacimiento o tan siquiera el Romanticismo, es indudable que la ciencia ficción que ha transformado nuestro mundo es un producto norteamericano, universalizado y nivelado por los medios de difusión.

Desde los tiempos de Edgar Allan Poe, la cultura norteamericana ha sido la constante creadora de géneros artísticos: cine de entretenimiento, *jazz*, *western*, policial, horror, *comic*, *rock*... El arte de masas, concebido en términos de mercado, es una creación de su industria cultural.

Los críticos europeos, como el británico Brian Aldiss y el sueco Sam J. Lundwall, no dejan de señalar que los orígenes literarios de la ciencia ficción deben buscarse en el Viejo Mundo. Una década antes de que el género se institucionalizara en USA, circulaban revistas y folletines con esa temática en casi todos los países europeos.

Los norteamericanos se empeñan en celebrar a Hugo Gernsback, un emigrado luxemburgués, como el «fundador» del género en 1926. Aldiss y Lundwall consideran que su irrupción fue «una calamidad».

La primera etapa del desarrollo de la CF en USA (1926-1939) estuvo orientada por este inventor aficionado, en cuyas revistas convivían los artículos sobre radio y electricidad con las ficiones. Sus exigencias literarias eran mínimas y las ilustraciones desbordaban de espantables monstruos.

Inspirado por Edison (varios de cuyos colaboradores escribían en su revista) e imbuido del «espíritu de Menlo Park», Gernsback convocó a técnicos, inventores e investigadores, creando aquello que más tarde se denominaría *gadget story*: una suerte de acertijo basado en hipótesis científicas. Eran los tiempos en que Lenin definía su programa como «los so-

viets más la energía eléctrica», Ford llenaba los caminos de autos y Mari-
netti pintaba la velocidad.

En este período nació también un subgénero de aventuras que luego sería bautizado *space opera*, por analogía con el radioteatro (*soap opera*). *La Guerra de las Galaxias* de Lucas es la mejor recreación de estas historias de capa y espada con ambientación futurista, cuyo maestro fue Edgar Rice Burroughs, el creador de Tarzán.

A fines de los años treinta John W. Campbell, un ingeniero que había estudiado con Norbert Wiener en el MIT, vino a imprimirle un viraje decisivo al género. Con su revista *Astounding*, Campbell (1910-1971) impuso un estilo más depurado: insistía tanto en la coherencia lógica de las tramas como en la credibilidad de los personajes, y fue el primero en darle un espacio a las ciencias humanas. A su sombra, crecieron Asimov, Heinlein, Blish, Weinbaum, Anderson, Miller, Pohl, Sturgeon, Simak y otros tantos clásicos del género.

Tan admirado como denostado, Campbell fue un autócrata que imponía a los autores sus propias obsesiones (la guerra atómica y la parapsicología) y metía mano en sus textos: él es quien creó las «Leyes de la Robótica» de Asimov. Durante la era de Campbell (1936-1945) las revistas se multiplicaron: para 1955 había 34 solamente en USA, compartiendo el mercado con antologías y novelas.

Las revistas que marcaron los rumbos del llamado período clásico (1946-1965) fueron *Galaxy* y *The Magazine of Fantasy and Science Fiction*. Esta última propuso un nuevo salto cualitativo; la dirigía Anthony Boucher, un profesor católico que hizo mucho para acortar las distancias entre el género y la gran literatura fantástica. Para esos tiempos, Judith Merrill comenzó a hablar de ficción «especulativa» en lugar de «científica» y el británico J. G. Balland propuso abandonar el espacio cósmico para privilegiar el «espacio interior» (5).

La CF de este período es más humanista, irónica y crítica; tiene menos confianza en la tecnología y es menos utópica, pero sigue siendo optimista. La serie televisiva *Star Trek* o aquella escena del bar donde conviven pacíficamente las más extrañas especies extraterrestres (incluida en *Star Wars*) simbolizan adecuadamente su espíritu «Kennediano».

Los planteos especulativos de entonces, se distanciaron del materialismo; asomaba una cierta gnosis (*El fin de la infancia* de Arthur Clarke) y

(5) Cfr. mi libro *J. G. Battard. El tiempo desolado*. Ed. Almagesto, Buenos Aires, 1993.

hasta una temática cristiana: en el primer Bradbury, en novelas como *El Cántico de San Leibowitz* de Miller, o en la atípica obra de Cordwainer Smith, que recapitula lo mejor de los clásicos (6).

Quizás el Sputnik de 1957, que coincide con la decadencia de las revistas y la expansión de la novela de CF, fuera un hito divisorio. Fue casi como si los ingenieros les hubiesen arrebatado el espacio a los escritores; la ciencia ya no era una aventura romántica sino una empresa bélico-burocrática, la *Big Science*.

En los años que siguieron, el mercado editorial de la CF terminó de consolidarse. Nuevos talentos, como Ursula K. Le Guin, hicieron que el género se volviera respetable para la crítica universitaria. Pero este reconocimiento pareció estimular más a la industria que a la creatividad, y el entretenimiento acabó derrotando a la especulación. La producción de libros trepó a cifras increíbles: sólo en 1985 se publicaron en USA 1.332 títulos, con tiradas que a veces sobrepasan los dos millones de ejemplares. El antiguo *ghetto* de los lectores se convirtió en una vasta red mundial, con sus innumerables convenciones y premios. Pero los ricos autores de ahora ya no tenían la espontaneidad de aquellos que trabajaban a un centavo por palabra.

Contagiados por la «moda Tolkien», los escritores de CF se lanzaron a escribir híbridas epopeyas, ya sin límites entre la ciencia y la magia. Desde la exitosa *Duma* de Frank Herbert, el mercado se llenó de ambiciosas trilogías y tetralogías, *space operas posmodernas* que a veces se escriben en equipo o por encargo. De estas interminables epopeyas derivan juegos de video, juegos de roles, programas de realidad virtual, y otras formas de sueño programado.

La ciencia ficción ha dejado de generar ideas inquietantes, para pasar a reflejar las tendencias del mercado. Aun aquellos que prometían una vuelta a la crítica social (los *cyberpunks*) han involucionado rápidamente para integrarse al folclore de la informática: sus mundos alternativos, están en el ciberespacio de los ordenadores.

En 1969, Brian Aldiss decía ya que la ciencia ficción había dejado de existir: en su lugar había un Imperio. Pero aún faltaba otra, aquella que trajo el cine de la mano de Lucas y Spielberg. El espíritu de Hollywood

(6) Cfr. mi libro *El Señor de la tarde. Conjeturas en torno de Cordwainer Smith*. Ed. Sudamericana, Buenos Aires, 1984. Posteriormente, Ediciones B ha publicado en español su obra completa.

desplazó al de Menlo Park, para convertir la CF en un circo de efectos especiales.

Olvidados el *Solaris* de Tarkovsky o el *2001* de Kubrick, las grandes novelas de CF nunca llegaron al cine. Se prefirió explotar el filón de la aventura y el horror; durante la era de Reagan reaparecieron los monstruos del espacio y los incubos, con *Alien* de Ridley Scott o la miniserie «V». También comenzó a usarse la imaginaria de la CF como vehículo de mensajes esotéricos. De este modo, tanto *La Guerra de las Galaxias* de Lucas (inspirada en las ideas del mitólogo Joseph Campbell) como *Encuentros en la Tercera Fase* y *E.T.*, de Spielberg se convirtieron en afluentes del mesianismo *New Age*.

El Prometeo posmoderno

SUELE decirse que la ciencia ficción nace con la novela *Frankenstein, el moderno Prometeo* (1817) de Mary Shelley. De ella nos ha quedado tan sólo la figura del aprendiz de brujo que acaba por dar a luz a un monstruo.

Ahora bien, la ciencia ficción parece haber tenido el sino del doctor Frankenstein. Surgida de la vertiente más utópica de la modernidad, intentó elaborar los temores y esperanzas que inspiraba la ciencia, pero no pudo evitar que algunas de sus conjeturas cobraran vida propia.

La CF impregna hoy los medios, que son nuestro imaginario colectivo: ellos han diseminado sus especulaciones por el mundo, presentándolas como creencias respetables y aun respaldando algunas locuras.

Recientemente, dos estudiantes madrileños que vivían alienados por un juego de roles de su creación, cometieron un homicidio absurdo. La trama del juego (llamado «Razas») recuerda una novela de Norman Spinrad, *El sueño de Hierro* (1972). Spinrad había intentado meterse en la mente de un racista para imaginar la novela de ciencia ficción que Hitler hubiera podido escribir. La paranoia de *El Señor de la Esvástica* era tan persuasiva que el lector llegaba a sentirse rodeado por homínidos, deformes y degenerados indignos de vivir. El propio autor, que es judío, confesó haberse sentido muy turbado con este riesgoso juego.

Es dudoso que los asesinos hubiesen leído la novela, pero seguramente conocían sus derivados, que abundan en la iconografía *heavy metal*; la

conjunción de una mente enferma con ciertas corrientes xenofóbicas, aquellos que ha inspirado la pornografía, y recuerda al tristemente célebre Charles Manson. Este también reconocía haberse inspirado en una obra de CF: *Forastero en tierra extraña* (1961) de Robert A. Heinlein. El autor había imaginado un mesías promiscuo, que acostumbraba deshacerse de los seres inferiores con sus «poderes mentales». La locura de Manson tenía otros ingredientes, pero sus seguidores siguieron durante años celebrando el «sacramento del agua» del ficticio mesías.

Treinta años antes, Olaf Stapledon había concebido otro Superhombre nietzschano (*Odd John*, 1935). Pero no engendró ningún Raskolnikov, porque entonces toda la locura se canalizaba en las ideologías. Además, la novela de Stapledon tenía cierta profundidad filosófica, mientras que la de Heinlein fue un *best seller*.

Estos casos no pasarían de ser curiosidades macabras, si no existieran cultos originados en la CF, que seducen a millones de personas. A título de muestra, nos detendremos en dos mitos (los Ovnis y los Grandes Antiguos) y una religión sintética, la Cienciología. Los dos primeros se encuentran presentes en algunas vertientes de la *New Age*, y el último constituye un culto de alcance mundial.

El mito OVNI

DESDE 1947, cuando Kenneth Arnold avistó el primer «plato volador», los Ovnis nunca perdieron actualidad. Pero desde que C. G. Jung se ocupó de ellos (*Un mito moderno*, 1958), tuvieron la legitimación del esoterismo. Hoy, la «psicología transpersonal» de Stanislav Grof considera a los «encuentros cercanos» como legítimas «emergencias espirituales»; a nivel más popular, el mito ha dado nacimiento a las «sectas platillistas», produciendo hibridaciones sincréticas con otros cultos.

En casi cincuenta años, los entusiastas de los ovnis se han multiplicado. Pero recientemente, ha surgido en su seno una herejía «escéptica» (Monnerie, Méheust, Scornaux) que impugna el dogma de su origen extraterrestre. De este modo fue como vino a toparse con la ciencia ficción.

Las investigaciones de Bertrand Méheust (7) han reconstruido con

(7) Bertrand Méheust: *Science-fiction et saoucoupes volantes*. Mercure de France, 1978.

cierto detalle la génesis del mito. Los primeros relatos de discos voladores y contactos con sus tripulantes extraterrestres aparecen en revistas y folletines europeos en fechas tan tempranas como 1908, cuarenta años antes de Arnold. Respaldado en una importante documentación, Méheust ha mostrado que el mitema surge de la confluencia de la forma lenticular (originada en la tradición de Julio Verne) con el estilo de las «máquinas blandas» de H. G. Wells.

Según parece, el ovni se fue incubando en los folletines de principios de siglo; Charles Fort, un iconoclasta de la ciencia muy en boga en USA durante los años 20, fue el primero en postular su existencia real.

En 1938, el mito hizo su aparición en escena, con la histórica emisión de *La guerra de los mundos* realizada por Orson Welles. Los testigos del pánico que entonces se desencadenó (entrevistados por sociólogos de la talla de Allport, Sherif y Cantril) resultaron tanto más escépticos cuanto más conocedores de la CF. Los más crédulos resultaron ser aquellos que negaban leer «esas revistas», aunque de hecho habían estado expuestos a su influencia subliminal.

En 1947, el ovni tomó *status* periodístico, absorbiendo otra leyenda, la de los «aviones fantasmas» que inquietaban a los aviadores desde la preguerra: ésta también había nacido en las revistas de ciencia ficción.

Por último, quien le dio un impulso decisivo fue un editor del mundo de la CF, Raymond Palmer, quien promovió a Arnold y fundó la primera revista especializada. A Palmer también se le atribuye la invención del «triángulo de las Bermudas».

Contra lo que hubiera podido esperarse, los ovnis no sedujeron a los escritores de CF. Movidos quizás por el deseo de no ser confundidos con los «platillistas», grandes figuras del género (Asimov) y científicos aficionados a la CF (Carl Sagan) adoptaron una postura francamente escéptica. Pero cabe preguntarse si el SETI, la disciplina científica que indaga la vida extraterrestre, hubiera nacido de no existir primero el mito.

Los «grandes antiguos»

LA idea de que, antes de la aparición del hombre, la Tierra había sido habitada por razas poseedoras de conocimientos superiores, fue puesta en circulación por un escritor vinculado con la CF, H. P. Lovecraft (1890-1937). Lovecraft la había tomado de sus

lecturas ocultistas: Atlántida, Lemuria y Mu, los continentes perdidos, eran un lugar común de la teosofía de fin de siglo.

Durante el auge de las revistas de CF, esta ficción se transformó en pseudociencia, con el episodio conocido como «engaño de Shaver».

Palmer, el mismo editor que habría de promover el mito ovni, publicó entre 1945 y 1949 (primero como cuentos y luego como artículos) las «visiones» de un tal Richard Shaver; más tarde, diría que él mismo las había escrito. Shaver había intentado una epopeya maniquea del remoto pasado, basada en lecturas de Lovecraft y Mme. Blavatsky. Atlantes y Titanes habían poblado la Tierra antes que el hombre, y periódicamente regresaban del espacio. En ruinas ignoradas se escondían secretos de alta tecnología, una red de cavernas recorría el subsuelo del planeta y desde allí malvados mutantes provocaban guerras y calamidades; Dios y el diablo luchaban al mando de sendas astronaves provistas de armas sofisticadas.

La trama era tan burda que en su momento provocó el repudio de las ligas de aficionados. Palmer tuvo que alejarse del mundo de la CF, tras fundar dos revistas de ocultismo y una de ovnis.

En los años 60, la revista francesa *Planète* volvió a promover el tema de las «civilizaciones desaparecidas», reciclando ideas de Fort y Shaver-Palmer.

Treinta años después de Shaver, sus tesis acabaron triunfando en los libros de von Däniken, Berlitz y Kolosimo, ahora combinadas con el mito ovni. Luego, inspirarían la moda de los cristales, las pirámides y otros abalorios de la *New Age*.

La Cienciología

LA Iglesia de la Cienciología (*Scientology*) ha despertado inquietud en numerosos gobiernos europeos, y en USA le ha dado trabajo a varias agencias gubernamentales: se la ha vinculado con distintas actividades delictivas, que van desde el espionaje industrial hasta las maniobras inmobiliarias. *Time* le dedicó un informe especial, titulado «El culto de la codicia» (8).

La «teología» de la *Scientology* parece sacada de *La Guerra de las Gala-*

(8) *Time International*. «Scientology. The Cult of Greed». 6 de mayo 1991.

xias; Chris Evans la ha llamado «la religión de la ciencia ficción» (9). Hubo una guerra cósmica al comienzo de los tiempos, donde los «buenos» fueron derrotados: sus almas se reencarnaban en nuestros cuerpos. El adepto puede recuperar su identidad (*thetan*) mediante un largo proceso iniciático, al que se accede mediante costosos cursos.

La Cienciología brotó de la mente de Lafayette Ronald Hubbard (1912-1986), un exitoso escritor de CF de los años 40. Uno de los personajes más populares era el Viejo Dr. Matusalén, un «Siervo de la Luz», que iba de un mundo a otro curando males físicos y morales.

Después de la guerra, Hubbard diseñó un método de autoterapia llamado Dianética (al parecer, había leído a Platón y transcribió mal la palabra «dianoética»). Mezcla de psicoanálisis y conductismo con equipo electrónico, la Dianética sedujo a John W. Campbell (quien llegó a escribir que Hubbard merecía el premio Nobel) (10) pero fue rechazada por los lectores de CF.

En 1954 Hubbard ya había fundado la Iglesia de la Cienciología, reciclando la «dianética» en su culto.

La ciencia ficción fue de algún modo «el folclore de la era industrial» (Bronowski). Sus mayores creadores quisieron hacer de ella una «mitología de la ciencia», pero la posmodernidad acabó convirtiéndola en una suerte de *mitagogia* (Dorfles).

Mientras fue un ejercicio intelectual, estimuló la imaginación y permitió tomar distancia frente al progreso, explorando sus atajos y sus callejones sin salida. Pero precisamente cuando sus sueños de progreso comenzaron a hacerse tangibles, sus obsesiones, multiplicadas por los medios de comunicación, vinieron a relevar a las ideologías como nuevas «religiones seculares».

Cuando el «socialismo real» mataba la utopía, el poder de los medios comenzaba a llenar el vacío ideológico con ideas procedentes de la ciencia ficción: los «poderes mentales», las civilizaciones perdidas, los extraterrestres, el «espacio interior»... Todas esas ideas habían sido «sembradas» décadas atrás por los escritores del género e integraban el imaginario de las generaciones que ahora accedían a la edad adulta.

Es sabido que la literatura que más influye sobre la imaginación del

(9) Christopher Evans: *Cults of Unreason*, George Harrap, Londres, 1973.

(10) Mike Ashley: *The History of the Science Fiction Magazines (1946-1955)*, New English Library, 1976.

público no es la misma que luego rescatan los críticos. Si esta tesis era válida aun cuando la lectura era un fenómeno minoritario, hoy es casi una ley de la industria cultural. No debe sorprendernos, pues, que el terror, las fantasías compensatorias y los delirios racionalizados hayan influido más que las auténticas creaciones literarias que produjo el género.

En las últimas décadas, la cultura ha experimentado cambios radicales. El realismo metafísico al cual, pese a todo, se adscribía la CF ha sido puesto en tela de juicio: ahora la «realidad» está en los medios, donde triunfan la imagen fragmentaria y la emoción pura. El alma de la posmodernidad es el espectáculo, y en este mundo, los mismos temas que los moralistas de la CF clásica usaban a modo de advertencia se convierten en simples recursos para deslumbrar y estremecer. Para comprender esta inversión de sentido, basta comparar algunas novelas de Stephen King con los cuentos de CF que plagia: *El fugitivo* (1982) con «La séptima víctima» (1954) de Robert Sheckley, o *El hombre del jardín* con «La cruzada del idiota» (1957) de Clifford Simak.

La CF clásica era capaz de dejar un resquicio de esperanza aun en la más lóbrega de las utopías negativas, condenaba la soberbia de sus «sabios locos» y privilegiaba al humanitarismo sobre la codicia. Nada de eso ocurre en algunos productos recientes. Como muestra bastará un juego de acción para computadoras (el *Privateer*, basado en una novela de CF de Ben Bova) que pareciera pensado para penalizar todo acto solidario o altruista, y premiar la falta de escrúpulos. Para avanzar, el jugador debe hacerse mercenario y matar por encargo; en un momento debe aliarse con los piratas y traficar con drogas; todo ello le dará puntaje. Pero socorrer a un naufrago sólo será una pérdida de tiempo, porque no obtendrá recompensa alguna. Sí, en cambio, lo hace esclavo podrá venderlo y obtener dinero. El giro ideológico es radical.

Parafraseando a Gilson, podríamos decir que el mundo posmoderno está lleno de ideas modernas que se han vuelto locas. La disolución de los «grandes relatos» de la modernidad ha producido el crecimiento descontrolado de algunos de sus motivos: es lo que va del psicoanálisis a la revolución sexual y (SIDA mediante) al «sexo virtual»; y de la «psiónica» del viejo Campbell a la tecnología «espiritual» de la *New Age*.

Pero no seamos severos con los escritores de ciencia ficción, que ya no son de nuestro tiempo. Hacerlos responsables de cuanto se ha hecho con sus ideas sería como culpar a Faraday por la silla eléctrica.

La silla, dicho sea de paso, fue patentada por Edison, quien engendró a Gernsback, quien engendró...